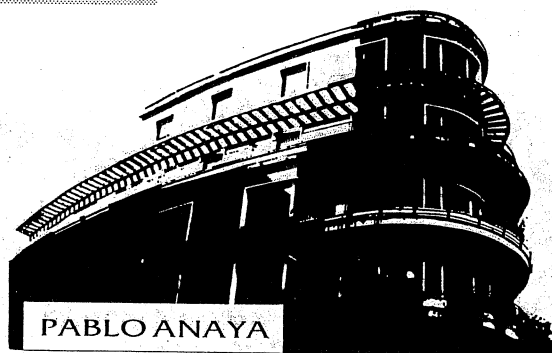




PABLO ANAYA

*César Casado de Pablos, arquitecto.
Consideraciones previas sobre su
arquitectura y la ciudad de Talavera
(I parte)*

A PROPÓSITO DEL LIBRO "CÉSAR CASADO DE PABLOS, ARQUITECTO"

CON MOTIVO de la reciente publicación sobre el arquitecto talaverano de adopción, D. César Casado de Pablos, cuya portada encabeza estas notas, y sabiendo de mi interés por su obra, los responsables de la revista CUADERNA tomaron la amable, aunque no sé si acertada, decisión de encargarme su reseña. Pero al emprender su redacción y poder verificar la verdadera magnitud de la obra construida de D. César, así como las peculiaridades de su momento histórico, nuestra posguerra, precisamente el de máximo crecimiento de Talavera, comprendí que la aparición de este texto, coincidiendo con las polémicas suscitadas por la aprobación del Plan General de Ordenación Urbana, nos brindaba una magnífica oportunidad para profundizar en el análisis de la figura de D. César y su incidencia en la transformación de nuestro entorno urbano, al que, lamentablemente, cada vez es más difícil asignarle el término de *ciudad*, entendida no como un simple aglomerado urbano, sino como complejo estructurado, histórica construcción humana, que materializa la satisfacción de las distintas necesidades físicas, espirituales, de relación y representación

del hombre en sociedad. Comprender, pues, el estado actual de nuestra ciudad y los principios que rigen su transformación, tratando, en definitiva, de elaborar, en un intento loable pero seguramente vano, conclusiones operativas capaces de modificar aquellas tendencias más nocivas de su evolución que, previamente, hubiesen sido detectadas, serían los objetivos últimos de aquellos análisis sobre D. César y Talavera.

En espera de poder abordar, en tiempo y lugar oportunos, tan ambiciosos objetivos, estas iniciales notas que avanzo serían el resultado de una primera aproximación, necesariamente aún general y distante al tema que nos ocupa, tratando de perfilar con la mayor precisión posible los distintos apartados que en él inciden. Colección pues, apenas articulada, de comentarios y reflexiones de carácter histórico o sociológico, urbanístico o arquitectónico; de referencias más o menos inconexas a hechos urbanos sobresalientes, tomados como modelos con los que relacionar estos otros hechos más concretos de nuestra ciudad y entre los que, de forma inevitable se desliza, como protagonista o en un papel más secundario, la figura de D. César Casado, y todo ello en un tono aún poco riguroso, más bien divulgativo, y a veces irónico o frívolo, pero siempre sincero y personal. Terminando con una breve reseña del libro en cuestión y un esquemático enunciado de los distintos apartados propuestos para su análisis, confío que el valor de estas notas, que sin más preámbulos me dispongo a exponer, resida, si no en su contenido, sí al menos en su capacidad de sugerir al lector, de suscitar reflexiones sobre el entorno en el que, querámoslo o no, necesariamente se desarrolla el noventa y tantos por cien de nuestras vidas.

La ciudad, resultado de la progresiva acumulación de esfuerzos y aspiraciones de las distintas generaciones que la han habitado, reflejando nítidamente en su evolución, al menos en los ejemplos más notables, las crisis y transformaciones de la sociedad, es un hecho, un documento histórico de primera magnitud. De ahí, como referente que explica su realidad actual y fundamenta sus expectativas futuras, la necesidad ineludible del conocimiento de su historia.

En este sentido, y desde un punto de vista objetivo, general, el prestigio histórico de las ciudades es indudable. El carácter mítico o divino asignado al origen de muchas de ellas, con las ofrendas y ritos religiosos que acompañan a nuevas fundaciones; el valioso significado de los vocablos *política*, derivado de la *polis* griega, y civilización, de la *civis* romana, del que también deriva el mismo de *ciudad*, así como la idea de libertad que los *burgos* medievales representan para sus

habitantes, los comerciantes burgueses, antiguos siervos de la gleba del feudalismo, con ejemplos tan notables como Toledo, capaz de albergar en perfecta armonía las culturas judía, musulmana y cristiana, o la Roma barroca, como Ciudad Santa, símbolo de toda la cristiandad, son algunas de las muchas manifestaciones que corroboran dicho prestigio, compartido por sus ciudadanos en los momentos de mayor estabilidad social.

Pero no es menos cierto que en aquellas fases de crisis social, de conflicto entre una clase agonizante que se aferra al poder y otra emergente que pretende alcanzarlo, la Historia se instrumentaliza según los intereses de estos grupos hegemónicos enfrentados. Es un momento de visión negativa, de rechazo del pasado, sobre todo del más inmediato, que con la ambigüedad propia de toda frase hecha, nos confirma el archiconocido lugar común *"el pueblo que ignora su historia está condenado a repetirla"*, presentando la Historia como *verdadera galería de los horrores*, cuya visión repulsiva en obligada visita, actuase de vacuna preventiva frente a las, al parecer, siempre tentadoras recaídas en aquellos hechos que, detestados tanto por las fuerzas regresivas, como modificadoras de su *status*, como por las progresivas, ya que por el simple hecho de haber sucedido, es necesario superarlos. Recuerdo nostálgico de un pasado perdido y rechazo de lo nuevo, visión romántica, paralizadora, congelada de la Historia, por un lado, y rechazo del pasado, sobre todo del más inmediato, permanente promoción de lo nuevo, visión lineal y progresiva de la Historia, por otro, regresión o progreso, conservadores o liberales, actitudes opuestas que en su lucha hegemónica instrumentalizan la Historia. Recuperación de las murallas talaveranas frente al derrivo de la Cárcel de la Sta. Hermandad, sustituida por la incalificable Plaza de Zamora.

Son muchos los ejemplos de aquellos tiempos de crisis en los que, ante la nueva clase emergente que requiere estructuras distintas capaces de satisfacer sus propias necesidades físico representativas, surgen, poderosas, las fuerzas progresivas que con su visión negativa, de rechazo del pasado inmediato, impulsan la transformación de la ciudad. Así, los humanistas, ideólogos de los nuevos señores de la banca y el comercio incipientes, los Medicis, Strozzi, etc. del Renacimiento, deseando superar las viejas estructuras gremiales del burgo medieval, tildarán a su arte y arquitectura de *gótico*, como propio de los *godos*, es decir, de bárbaros. O cómo esa misma burguesía, ya consolidada económicamente, persiguiendo con su revolución alcanzar el poder político frente a las estructuras aristocráticas del Absolutismo, sirviéndose de sus ideólogos, los

ilustrados, calificarán aquel arte aúlico, como Barroco, sinónimo de exagerado, de mal gusto, con tal carga de negatividad que, hasta la propia elección del vocablo, tuvo que ver con su sonido ciertamente chirriante, como, por otra parte parece confirmar el más específico, en español, *churrigueresco*, o el italiano *borrominiano*, o incluso, los no menos virulentos ataques de los racionalistas y los funcionalistas a los arquitectos eclécticos del siglo XIX en general, y el Modernismo en particular, promovidos por la nueva burguesía industrializada, en su deseo de *taylorización* de todo el proceso constructivo, haciendo más rentables sus inversiones inmobiliarias. El artículo "*Ornamento y delito*", de A. Loos, atacando la decoración gratuita, o el caso del propio Gaudí, principal artífice del magnífico Modernismo catalán, que, sin que nadie le reconozca, muere atropellado por un tranvía, indigente y abandonado, pero eso sí, después de haber arruinado con sus obras a su mecenas, el Sr. Güell, son buenos ejemplos de lo dicho.

Satisfacción, visión positiva de la ciudad, en los momentos de estabilidad social, sustituida, en los de crisis, por el rechazo que potencia la transformación buscada, tesis y antítesis, como leyes que rigen la evolución de los núcleos urbanos de larga vida histórica.

Pero aún hay otra constante que puede detectarse en estas transformaciones: el de la economía, según la cual, las modificaciones serían las mínimas indispensables, aceptándose el resto de la ciudad heredada, que así, renovada y al mismo tiempo permanente, cualificada por aquellas modificaciones, pero siempre la misma, alcanza, a partir de su estructura básica, las distintas imágenes que representan las fases de la sociedad que la habita. Tal sería el caso de Florencia: Brunelleschi, su arquitecto-héroe, en una operación equivalente a la que le permitió transformar el espacio irreal, difuso e inconmensurable de la arquitectura gótica en el espacio perspectivo, racional y métrico del Renacimiento, sirviéndose para ello de los órdenes clásicos, que con sus prefijadas relaciones métricas internas y utilizado como un verdadero elemento estandarizado, al ser insertados en el espacio arquitectónico, lo cualifican de tal forma, que permiten a un observador, dispuesto estratégicamente, y de ahí su carácter de espacio perspectivo, captarlo en su integridad, entendiendo las relaciones métricas entre sus partes, y de éstas con la totalidad, al tomar como referencia, como unidad de medida, aquellos órdenes normalizados.

De igual forma, al insertar sus edificios *métricos* (la Cúpula, las iglesias del Espíritu Santo y San Lorenzo, el pórtico del Hospital de los Inocentes, el palacio Pitti...), en el continuo *amorfo* del caserío medieval, entendidos como órdenes clásicos en el continuo del

espacio, como hitos o mojones de medida, generan unas nuevas relaciones que cualifican la antigua ciudad, racionalizándola y convirtiéndola en la ciudad del Renacimiento por excelencia, representativa de aquellos mercaderes humanistas que tanto admiraban las nuevas cifras arábicas de su contabilidad, o los relojes que medían el tiempo empleado en el transporte de mercancías, o los descubrimientos geográficos que facilitaban la adquisición de materias primas.

En definitiva, la ciudad *racionalizada* del Renacimiento, imagen de una sociedad mercantil que desea *racionalizar* sus negocios, y conseguida por la simple inserción estratégica de aquellos edificios perspectivos, métricos, racionalizados. Y, por otra parte, ¿no es posible que D. César Casado, en un proceso hasta cierto punto equivalente al descrito, sirviéndose sólo de sus potentes y repetitivos edificios de esquina, extremos, remates, y en consecuencia, de máxima tensión de la composición seriada, que es, en definitiva todo conjunto de edificios de una calle, hubiese buscado la imagen de una nueva Talavera, de la que su *ensanche* sería el modelo realizado? Creyendo que es así, y que merece la pena analizarlo, espero poder desarrollarlo oportunamente.

Con el mismo criterio de economía, pero con una estrategia radicalmente distinta, el arquitecto Doménico Fontana, con sus sistematizaciones viarias que enlazaban las siete basílicas principales y templos sagrados, de obligado peregrinaje para los fieles, al estar situados sobre las saludables colinas, materializa las ideas urbanísticas de Sixto V, conquistando dichas colinas como ampliación de la insalubre Roma medieval, y en parte renacentista, constreñida en un meandro del Tíber. La calle, que conectando monumentos religiosos existentes, y, al reclamo del ajetreo de peregrinos y viandantes, potenciando la construcción de nuevos edificios que atiendan a sus necesidades, se convierte en factor urbano determinante, y que con su escenográfica arquitectura barroca, satisface las contrarreformistas necesidades procesionales y de exhibición, celebración y confirmación del poder papal (Roma), de la realeza absoluta (París), amenazado por las nuevas religiones reformistas o por las realezas rivales. Es la ciudad polinuclear, de trazados viarios radiados que los unen, propios de una sociedad que ha abandonado el sistema geocéntrico por el heliocéntrico, a cuyo sistema solar simboliza (Luis XIV, el Rey Sol, Roma, la ciudad Santa que ilumina a toda la Cristiandad), y que sustituye la circunferencia de sus cúpulas renacentistas, por la recientemente descubierta órbita astral en elipse de su plaza vaticana o de sus edificios religiosos.

Y, en este sentido, ¿quién podría aclararnos, por ejemplo, hacia dónde conduce nuestra amplia y destartada Avda. del Príncipe?. Seguramente se trata de unir "*la plaza del chicle*" con el campo (vivir en...), es decir, urbanización ajardinada de *adosados* que ofrecen una nueva forma de vida, de *alto standing*, por supuesto. O, ¿cuáles son los hitos o monumentos urbanos que unen nuestras recientes y rápidas avenidas?. Quizás sea esa colección de isletas ajardinadas que ordenan el tráfico (aunque sólo el de ellos, el de los coches, pues sin semáforos cruzarlos a pie se ha convertido en una peligrosa experiencia) y cada una de ellas con un tratamiento bien diferenciado, como aquélla con su pequeño monumento de agresivos pinchos metálicos asomando entre la hojarasca, en memoria del sosegado y afable alcalde-profesor, D. Enrique Tierno Galván, o ese otro de los Tres Olivos, tres, o el de la Plaza de España con su fuente, popularmente llamada "*la parturienta*", porque cuando rompe (a dar) aguas, se enciende y da (a) luz, que por tener o el chorro demasiado grande o la pileta muy pequeña, a la menor amenaza de brisa, empaparrucia de agua a coches y viandantes de una forma indiscriminada, o, por último, aquélla del no menos fértil pino de la Plaza del Reloj que, aunque de secano (ni rompe ni da agua, sólo se le riega), puntual y ricamente engalanado con sus lucecitas de colores, todos los años, como si de El Almendro se tratara, vuelve a dar (a) luz por Navidad. En definitiva, ironías al margen, calles que sólo distribuyen, y que si enlazan, sus focos son tan imprecisos que al final sólo sirven para sus usuarios específicos, siendo incapaces de generar los ricos y complejos movimientos y usos característicos de lo urbano.

No obstante, y a pesar de la opinión negativa que sobre la realidad urbana de Talavera parecen destilar mis anteriores comentarios, es posible destacar fragmentos de la ciudad, cuya calidad, a mi juicio, los hace especialmente reseñables.

Y de entre ellos, uno en particular, la entrada a Talavera por la carretera de Madrid, a la altura de los Jardines del Prado, mi primera impresión visual de la ciudad, cuando allá, a finales de los años setenta la visité.

De forma tan agradable me impactó que aún hoy, y a pesar tanto de la deteriorada imagen urbana que, actualmente, por la masiva presencia de los elevados bloques de La Solana, ofrece Talavera desde la carretera, como por la ausencia de la ahora talada Alameda, verdadero pulmón de la ciudad, refrescante telón verde de fondo, que cerrando vistas transcurría junto al Prado, aún hoy, repito, ignorando la presencia de aquéllos e imaginando la de ésta, puedo recordar. Si se analiza detenidamente, se podría concluir que el

valor de este fragmento de ciudad, residiría en su doble capacidad como elemento urbano, que al mismo tiempo que nos conduce al interior de la ciudad, nos ofrece una útil transición entre la verde frondosidad orgánica de la Alameda, y la rojiza geometría mineral de la edificación urbana. En efecto, las masas vegetales, alargadas y paralelas de las sierras del Cerro Negro, el río Tajo y la Alameda, que desde el puente del Alberche parecen acompañar al visitante, convergen con la carretera exactamente en este punto, convertido así en foco de máxima intensidad que permite, según se avanza, ir pasando la mirada, desde la arboleda de la Alameda a la naturaleza racionalizada de los jardines del Prado, y de éstos al otro lado de la Avenida de Madrid, a los jardines de las lujosas casas unifamiliares, algunas de firmas tan notables como Sáinz de Oiza y Manolo de las Casas, para terminar, en un proceso de continua disolución, en las abigarradas jardineras de las elegantes y curvadas terrazas-patios de los edificios de D. César Casado. Simultáneamente, y en un proceso de concentración inverso y complementario del anterior, de los dispersos edificios agrícolas de las afueras, pasando por la Basílica y la rotonda de la Plaza de Toros, se llega a las separadas viviendas unifamiliares, para terminar en las macizas manzanas del final, cuajadas de edificios de D. César: su vivienda, Marazuela, Tresku... todo un conjunto que después de la dilatación espacial del Paseo de los Arqueros, no bien definida por la disparidad de alturas de los edificios que lo determinan, queda rematado por el Hotel Talavera, resumen de los distintos elementos de composición de D. César, barandillas, jardineras, recercados blancos de los huecos, entrantes y salientes, retranqueos sucesivos en cubierta, verdadero captador solar, foco de la perspectiva de la avenida, que al tiempo que cierra vistas, relacionándose con los restantes edificios en esquina de D. César, su suave curva induce el movimiento a seguir.

Pero sin duda, son los Jardines del Prado, el elemento urbano que en mayor medida contribuye a la calidad de esta entrada a Talavera. Sus geométricos paseos y macizos florales, limitados por parterres, característicos de los jardines a la francesa, sus fuentes, estanques y bancadas, algunas de Ruiz de Luna, constituyen un conjunto armonioso, del que los talaveranos, con razón, se sienten profundamente orgullosos, y del que, por cierto, el parque Gasset de Ciudad Real es una réplica inferior. Lugar de antiguas verbenas y romerías, su forma alargada, paralela a la avenida, materializa el paseo que a lo largo de un eje conduce desde los Arcos hasta la Basílica, sirviendo, con su naturaleza racionalizada, de transición y dignificando así este acceso a Talavera.

Avenidas que enlazan y distribuyen, espacios ajardinados que materializan recorridos y sirven de paseo y descanso en contacto con una naturaleza *diseñada* por el hombre, que refresca y educa, puertas ornamentadas que señalan y cualifican el acceso, en el eje del jardín que se prolonga en la arboleda más urbana del Paseo de los Arqueros, edificios de D. César que cierran vistas y espacios y señalan vías de circulación que se verán salpicadas por otros edificios suyos, Hotel Talavera, edificio Carrión, el de la Viuda de Clemente... creando una imagen unitaria de la nueva Talavera (la Talavera análoga de D. César), son todos ellos, elementos, componentes del ambiente urbano que al satisfacer necesidades, siempre más de una, concretas de los ciudadanos son capaces de generar las relaciones complejas propias de los vitales espacios cívicos bien diseñados, en los que aquella ley de economía del diseño antes referida, la paciencia y sagacidad para detectar los requerimientos reales de la ciudadanía, y el respeto, por qué no veneración, por la acumulación del esfuerzo de las sucesivas generaciones, siempre están presentes.

Recursos todos ellos bien distintos de los actuales, que con tanta frecuencia se utilizan: sonificación (acumulación de funciones), especialización (un elemento, una función), con su efecto nocivo en la alternancia de usos de la ciudad, el apresuramiento e improvisación de las decisiones, con la consiguiente falta de precisión en la definición de necesidades y de previsión de sus consecuencias, que podrían ser irreversibles si una intervención desafortunada modifica aquellas sutiles relaciones propias de los espacios urbanos más convincentes.

En efecto, los elevados edificios-torre de La Solana, nuestro *Móstoles talaverano* que, engullendo con su volumen las más modestas dimensiones del fragmento referido, se convierten en la ahora dominante, desacertada e impersonal carta de presentación de Talavera, o la sustitución de la añorada Alameda (que si bien fue talada por enfermedad de su arbolado, nada hubiese impedido su repoblación), por un conjunto de espacios yuxtapuestos de usos unifuncionales y alternantes, como son el baldío y polvoriento aparcamiento-rockódromo, la abandonada ampliación de los Jardines del Prado, apenas utilizada en sus mínimos equipamientos deportivos, y la desierta explanada de hormigón -abrasador vestíbulo de la Piscina Municipal- del llamado Recinto Ferial, servido por su elegante puerta que abre contra los arranques del Puente del Príncipe, espacios todos ellos unifuncionales en su especialización o, por último, las vías de circulación rápida, que como la Avenida de Castilla-La Mancha, separa peligrosamente dos espacios de usos equivalentes, o la de Salvador Allende, que potenciada por el Puente

del Príncipe, segregan este conjunto de uso típicamente peatonal del resto de la ciudad. Segregación, que si es dañina para el Prado al separarlo del Paseo de los Arqueros, es dramática para la ampliación y el Recinto Ferial, tal como se evidencia los miércoles de Mercadillo, cuando abuelas y mamás, con o sin niños, estimuladas por la conquista de las ofertas más sugestivas, e incapaces de descifrar el enigmático jeroglífico en que se ha convertido el acceso al recinto, atrochan por encima de carreteras, carriles de circunvalación, isletas hormigonadas o ajardinadas, flechas, rayitas de señalización y demás artilugios propios del sabio arte de ordenación del tráfico (el de ellos, el de los coches), y así, envalentonadas al salir indemnes de tan alocada aventura, en un último esfuerzo acometen el asalto de la barandilla de arquitos y barrotes que les separa de la acera, con tal revuelo de faldas levantadas, fugaces atisbos de ropas más o menos blancas y carnes más o menos firmes, y municipales gritando y gesticulando en su intento de imponer un orden imposible, que se convierte en el más gozoso espectáculo de sorprendidos viandantes y mirones expectantes. Entiendo que, dadas las circunstancias, sería recomendable el disponer un paso de peatones elevado, de esos que para salvar diez metros, es preciso recorrer cien en busca del arranque de rampas y escaleras, para que, comprendiendo inmediatamente su inutilidad, y convertido así en un obstáculo más, al superarlo contribuya a mantener en buen estado la condición física de nuestras aguerridas talaveranas.

Se trata pues, una vez recuperada la sensatez, de verificar el deterioro inducido por esa idea del progreso por la que la ciudad deja de ser entendida como un bien de disfrute social para convertirse en un producto modificable en aras de su rentabilidad, su eficacia o productividad. Progreso que parece querer transformar al ser urbano civilizado en ser urbano *motorizado*, dominguero de a diario, excursionista callejero sobre ruedas, cuya facilitada movilidad es puesta como excusa para intervenciones de más largo alcance y rentabilidad. Deterioro de los Jardines del Prado, recordado lugar cívico de encuentros, contactos y relaciones para talaveranos de toda edad y condición, de payos y gitanos, en el que incluso, depositados en pequeños anaqueles de cerámica aún hoy existentes, los pequeños *altarcitos* que decían en Ciudad Real, había libros disponibles para su lectura, ahora desgraciadamente transformado en marco de las transacciones más detestables de la explotación del hombre por el hombre, el sexo y la droga, la prostitución y el trapicheo.

¿Y no será que, conscientes de la nula rentabilidad de un reposo reconfortante, de una conversación agradable al aire libre, o de un simple *garbeo* por los Jardines, y especulando sobre lo que se puede

hacer con un espacio tan poco productivo como querido, hayan decidido, en una sagacísima operación, convertirlo en ámbito de lo que es al fin y al cabo una forma, aunque degradada, de negocio, y conseguir así expulsar a la ciudadanía hacia esos otros, éstos ya sí, legales y rentables negocios de evasión y ocio? Retroceso moral, cultural, de esa forma de progreso tan inconscientemente alabado por unos como hábilmente manipulado por otros.

Otro de los *fragmentos* de Talavera, contiguo al anterior, y, como él, a mi juicio, digno de mención, es aquel que en su día fue conocido -según se cita en el libro sobre D. César- como "*Ensanche Ferial*", y que situado en el espacio limitado por las actuales Avenida de Madrid, de Toledo, Pío XII y Juan Carlos I, fue proyectado por D. César a finales de los años cuarenta. Desde mediados del siglo XIX, el ensanche, considerado como el modelo de intervención que mejor se adecuaba a los recientes intereses inmobiliarios de una parte de la nueva clase hegemónica, la burguesía liberal, ha sido la forma más convencional de resolver el problema del crecimiento de las ciudades europeas, así como las de las áreas sometidas a su influencia cultural, con ejemplos españoles tan notables como el Plan Cerdá (1858) de Barcelona y el Plan Castro (1860) de Madrid, al que, entre otros, corresponde el conocido Barrio de Salamanca.

De entre las múltiples y sucesivas leyes que regularon la formación de los ensanches, cabe destacar la Ley de 1876 y su Reglamento del siguiente año, por la que los ensanches, a efectos de expropiación forzosa, son declarados de utilidad pública, y para cuya definición el Reglamento comienza diciendo que: "*...se entenderá por ensanche de poblaciones, la incorporación a las mismas de los terrenos que constituyen sus afueras, en una extensión proporcionada al aumento probable de vecindario a juicio del Gobierno, siempre que aquellos terrenos hayan de convertirse en calles, plazas, mercados, paseos, jardines y edificios urbanos*". Al establecer semejante inventario, esta definición de ensanche parece querer evidenciar, por una parte una nueva idea de ciudad como combinación de un número finito de elementos urbanos, distinguiéndose el "*edificio urbano*" como construcción que alberga cualquier actividad de tipo privado que pueda desarrollarse en la ciudad, y por otra, como se ratifica en otros apartados, clasificar el suelo urbano en dos categorías fundamentales: público (calles, plazas, paseos, mercados, etc...), y privado (edificios urbanos y jardines privados), categorías que si bien siempre han estado presentes en la ciudad, en esta ley su deslinde físico se enfatiza especialmente. Asimismo, en otro apartado de la citada Ley se enuncia: "*El ensanche de una población podrá promoverse por el Ayuntamiento o por los particulares interesados en que se*

lleve a cabo". Es el reconocimiento explícito de la capacidad de actuación de los agentes privados, básicamente propietarios del suelo, con la única condición de establecer un acuerdo público que se materializara en la redacción de un proyecto, previamente aprobado según los requisitos técnicos minuciosamente descritos por el Reglamento y que, desde el punto de vista instrumental, consta de dos elementos complementarios: el plano, en el que se fija la traza del ensanche, y que, por su permanencia, constituye el documento más representativo del proyecto, y las ordenanzas que reglamentan la edificación, con sus característicos gálbos de altura absoluta o relativa al ancho de las calles, generalmente modificados según los intereses cambiantes: Modificaciones ordenancistas de las que nuestro ensanche es un buen ejemplo, como puede comprobarse en el aumento de la edificabilidad permitida, al incrementarse el número de plantas construidas en las más recientes intervenciones, en aquellas manzanas más próximas a la Avenida de Juan Carlos I. Por último, dos preocupaciones básicas, frecuentemente detectadas por la crítica, parecen condicionar la redacción del articulado de estas leyes: la higiene (obsesión por una salubridad residencial y pública, condicionante de edificios y espacios, casas y calles), y la circulación (la vialidad urbana como subsistema de la vialidad comarcal y regional y la conformación de las manzanas de suelo edificable como "*residuos interviales*", son exponentes de la preocupación por la idea circulatoria, imagen biológica del riego sanguíneo).

Pues bien, de los distintos ensanches conformados como resultado de la aplicación de dichas disposiciones y criterios, se pueden extraer las siguientes características comunes más sobresalientes:

- La traza en tablero de ajedrez o en cuadrícula, con diversos grados de rigidez, que con su malla de calles ortogonales definen manzanas cuadradas o rectangulares, todas iguales o casi, *residuos interviales* ya citados, fácilmente parcelables en solares regulares de fachadas más amplias que las del caserío tradicional, ocupadas por típicos edificios entre medianerías. Mención especial merece el tipo denominado "*casa en renta*" o de ocupación mixta, con la tienda del industrial en la planta baja, la clase elevada en piso primero o principal, la clase media en los pisos segundo y tercero y la clase obrera en el sotobanco o ático por encima de la cornisa, tipología de vivienda que asegura por una parte la separación de clases en vertical a través de la vivienda, exprimiendo al máximo las posibilidades de ocupación e, ingenuamente, por otra, pretende integrar las distintas clases, ya que en su diario contacto "*imitarían el comportamiento civilizado del señor*" (*sic*). Si eliminamos los elementos diferenciadores del principal,

asimilándolo al segundo y tercero, tendríamos, seguramente, el origen de la referida, en el libro de D. César, división de sus edificios en tres partes bien diferenciadas: basa (tienda, oficina), fuste (viviendas clase media), y capitel (el ático o buhardilla que el romanticismo de los artistas bohemios ha revalorizado).

En relación a esta ordenación en cuadrícula es preciso decir, que si bien ya era propia de las ciudades hipodámicas del helenismo griego, así como de las ciudades coloniales o de nueva fundación en los siglos anteriores, lo específico de la cuadrícula del ensanche es el nuevo papel que las fuerzas económicas le adjudican como modelo geométrico que permite, a modo de sistemas de coordenadas cartesiano, establecer fácilmente criterios racionales de evaluación de solares, homogeneizar sus accesos y evitar así cualquier riesgo fortuito a las inversiones que en el suelo edificable, previsto en los ensanches, pudieran realizarse.

- La doble gestión, pública y privada. La pública, anterior de carácter unitario, responsable del trazado viario, aceras, calzadas, y la distribución de instalaciones urbanas, abastecimiento de agua, gas, electricidad, red de saneamiento... En este sentido, y como medida de presión hacia las autoridades públicas, se detecta con frecuencia la aparición de pequeñas colonias o edificaciones de carácter social, en situaciones estratégicas tales que, al abastecerlas de los distintos servicios urbanos, era preciso llevar a cabo la ejecución del trazado completo del ensanche y, ¿no sería ésta la causa de la construcción de los *bloques* del Ayuntamiento en la zona más alejada del Ensanche Ferial, junto a una Avenida de Pío XII aún no existente? Después, la privada, de carácter fraccionario, construyendo los edificios que ocupan los distintos solares, en la forma eventual y paulatina que las leyes del mercado determinen.

- Una nueva idea de ciudad, como ciudad de la nueva burguesía, yuxtapuesta y diferente a la ciudad histórica a la que sirve de ampliación, exaltando el nuevo orden racional-liberal, la nueva civilización maquinista, e identificando el progreso a la promoción liberal privada, a la técnica, a la higiene y a la movilidad, pero sin olvidar, como objetivo importante, el ofrecer las garantías necesarias a la propiedad privada para que intervenga activamente en la formación de ésta, su nueva ciudad.

PABLO ANAYA
Arquitecto